



Ricardo Gullón

La muerte de Pereda

La muerte era para don José una seguridad, el compás final de la nunca acabada sinfonía. En el hogar concentra sus postreros afanes: en la formación de los hijos, de quienes desea de ser consejero y guía. Entre él y la esposa ha crecido la ternura como una vieja hiedra que fue lentamente cubriendo los corazones: el largo camino parece ahora andado en un vuelo; la madre, que sonrío gravemente mientras borda detrás de una ventana; don Bernabé, con las múltiples varas quebradas en las espaldas de los infortunados alumnos, aquel raquero que bombardeó su «pirulera» el día del Corpus, el rincón del café de la Esmeralda, los Basilio y Capellanes, el ademán de Juan Agapito al recibir las «Escenas», la librería de Masón, la guantería, las cenas en casa de Sinforoso, la trifulca con doña Emilia, «Clarín», las charlas con Guidos y con Marcelino. Todo pasó, y ahora aquel largo montón de días, tantas horas vividas despacio en el rincón de Polanco, los viajes, las tertulias, pueden caber holgadamente en el reducido espacio que necesita para latir un corazón humano.

Diodora, la compañera elegida, a su lado con la suave, discreta sonrisa de siempre. La enfermedad le retiene en casa. Apenas puede hacer nada, sino recordar. Y es fatal que a la memoria lleguen antes que nada los muertos, la imagen de los que partieron acude dócilmente a la evocación: las ya un poco desvaídas de Juan Agapito y de los padres, la vivísima de Juan Manuel, el hijo inolvidable de que ni su mujer ni él hablan nunca, pese a que, por las tardes, en soledad, al cruzar sus miradas, sin necesidad de

palabras, ambos sienten que el pensamiento del otro lo ocupa el recuerdo del querido muchacho.

El año 1906 entró maleando y los dos primeros meses fueron fríos, entremezclados de lluvia, desagradables. Vivía Pereda en la calle de Hernán Cortés, número 9, y, aunque en el primer piso, costábale gran esfuerzo salir a la calle. El día solía pasarlo triste, inquieto a ratos, otros calmado y distraído por la presencia de los hijos o la lectura de los periódicos, a que siempre fue tan aficionado; a medida que avanzaba la tarde parecía mejorado, en expectativa de la llegada de tres o cuatro amigos, buenos continuadores de la tradición perediana de fidelidad a las tertulias, donde transcurrieran tantas horas gratas. Al calor de la conversación se reanimaba, enterándose con curiosidad de las pequeñas novedades de la ciudad, de los proyectos de todo linaje trazados por sus amigos, entusiasmado él mismo por los fervores y esperanzas que aquéllos ponían en sus afanes cotidianos.

Mientras duran las visitas, sus males se desvanecen, pero ya idas, bien entrada la noche, torna la fatiga a sacudir el gastado organismo, incapaz de sostener el ardor de un espíritu como el suyo, siempre tenso y alerta. Todo está dispuesto. El sepulcro, para el que un día lejano diera con su propio cuerpo la medida, abierto en la tierra amada, la preferida para dormir su sueño de eternidades. Para reposar quiso un huerto recogido, el camposanto de la aldea, cerca de los maizales, de los cerezos esbeltos, de los graves castaños. Junto a la encina frondosa que tantas tardes le diera regalada sombra.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

